

Las perspectivas políticas

León Trotsky

30 de noviembre de 1922

(Versión al castellano desde “Les perspectives politiques”, en *Les Cahiers du CERMTRI*, N° 57, junio de 1990, París, páginas 55-62)

Me alegro de la ocasión que me brinda el artículo del camarada Friedlander para levantarme una vez más contra la concepción mecánica, fatalista, antimarxista, de la marcha de la revolución, que sigue anclada en las cabezas de algunos camaradas (a pesar de la obra del Tercer Congreso, beneficiosa en el más alto grado), camaradas que se consideran, aparentemente, como “de izquierdas”.

Hemos escuchado decir en el Tercer Congreso que la crisis económica durará y no dejará de agravarse hasta la toma del poder por el proletariado. Sobre esta concepción mecánica se apoyaba el optimismo revolucionario de algunos camaradas “de izquierdas”. Cuando explicamos que son inevitables oscilaciones accidentales de la economía mundial y que hay que preverlas y tenerlas en cuenta en nuestra táctica, a esos camaradas les parecía que comenzábamos casi la revisión de todo el programa y de toda la táctica de la Internacional. En realidad, no hacíamos más que “revisar” algunos prejuicios de izquierda.

Sin embargo, en el artículo del camarada Friedlander, en el discurso del camarada holandés Ravensteyn, y en algunas otras declaraciones y discursos, encontramos ahora esta misma concepción mecánica antimarxista transferida del dominio económico al de la política: el capital, se nos dice, ataca política y económicamente, su ofensiva se refuerza, el levantamiento del proletariado será, en un determinado momento, la respuesta a la ofensiva, que crece sin cesar, del capital; ¿dónde habrá lugar para un nuevo período, incluso corto, de reformismo pacifista?

Para arrojar luz desde el principio sobre todo aquello de mecánico que hay en la concepción de Friedlander, tomemos el ejemplo de Italia, donde la contrarrevolución está en su apogeo. ¿Cuál es el diagnóstico político que se puede hacer sobre Italia? Suponiendo que Mussolini se mantenga en el poder durante un tiempo suficiente para agrupar contra él a los obreros de las ciudades y el campo, para darles tiempo a recuperar la confianza perdida en sus fuerzas de clase y para unirse alrededor del partido comunista, no es imposible que el régimen de Mussolini sea directamente derrocado por el de la dictadura del proletariado. Pero es otra eventualidad, al menos tan probable como la primera. Si el régimen de Mussolini se rompe contra las contradicciones internas de su propia base social, y contra las dificultades de la situación interna e internacional, antes que el proletariado italiano llegue a la situación en que se encontraba en septiembre de 1920, (pero esta vez bajo una dirección revolucionaria fuerte y resuelta), es evidente que de nuevo se asistirá en Italia a la instauración de un régimen intermedio, de un régimen de fraseología e impotencia, de un gobierno Nitti o Turati, o bien Nitti-Turati; en un palabra: de un régimen análogo al de Kerensky que, por su quiebra inevitable y penosa, despejará la vía al proletariado revolucionario. ¿Esta segunda hipótesis, no menos verosímil que la primera, implica la revisión del programa y de la táctica de los comunistas italianos? Por nada del mundo. Mañana como hoy, los comunistas italianos llevarán adelante la lucha en el marco del régimen creado por la

victoria de Mussolini. La atomización del proletariado italiano no les permite a nuestros camaradas de Italia asignarse hoy en día como tarea inmediata el derrocamiento del fascismo por la fuerza armada. Los comunistas italianos deben preparar cuidadosamente los elementos de la lucha armada próxima y desarrollar, en primer lugar, la lucha mediante amplios métodos políticos. Su tarea inmediata, tarea de una inmensa importancia, es introducir la desagregación en la parte popular, y particularmente en la parte obrera, de los elementos que apoyan al fascismo y de unir a las masas proletarias, cada vez en mayor número, bajo las consignas particulares y generales de la defensiva y la ofensiva. Mediante una política de iniciativa y flexibilidad, los comunistas italianos pueden acelerar considerablemente la caída de los fascistas y, con ello, obligar a la burguesía a buscar su salvación ante la revolución en sus bazas de izquierda: Nitti y, puede incluso que en primer lugar, Turati. ¿Qué significará para nosotros tal cambio? La continuación de la desagregación del estado burgués, el crecimiento de las fuerzas ofensivas del proletariado, del desarrollo de nuestra organización de combate, la creación de las condiciones necesarias para la toma del poder.

¿Cuál es la situación en Francia? El 16 de junio del pasado año, en mi discurso al Ejecutivo Ampliado, desarrollé el pensamiento que, *si en Europa y Francia no se producían antes acontecimientos revolucionarios*, toda la vida política parlamentaria de Francia cristalizaría inevitablemente alrededor de un “Bloque de las Izquierdas” opuesto al “Bloque Nacional” que detenta actualmente el poder. Desde entonces ha transcurrido un año y medio y la revolución no ha llegado. Y algunos de los que siguen con atención la vida política de Francia no negarán que esta política (excepción hecha para los comunistas y sindicalistas revolucionarios) no marcha por la vía de la sustitución del Bloque Nacional por el Bloque de las Izquierdas. Francia, ciertamente, vive bajo el régimen de la ofensiva del capital, de las amenazas incesantes a Alemania. Pero al mismo tiempo se observa el crecimiento del desconcierto de las clases burguesas, particularmente de las clases intermedias, su miedo al mañana, su desencanto con la política de “reparaciones”, sus esfuerzos para atenuar la crisis financiera mediante la reducción de los gastos dedicados a objetivos imperialistas, sus esperanzas en el restablecimiento de las relaciones con Rusia, etc. Este estado de ánimo invade igualmente, a través de los sindicalistas y socialistas reformistas, a una parte considerable de la clase obrera. Más aún, invade a determinados elementos de nuestro propio partido, lo que, entre otras cosas, muestra la conducta de Barabant, recientemente excluido, que, siendo miembro del Comité Director del Partido Comunista, predica al Bloque de Izquierdas. Así, pues, la continuación de la ofensiva del capital francés y de la reacción francesa no le impide a la burguesía francesa prepararse manifiestamente para una nueva orientación.

Los conservadores puros han venido a ocupar el lugar que en Inglaterra, donde la situación no es menos instructiva, ocupaba la coalición de los liberales y conservadores. Es una evolución manifiesta hacia la derecha. Pero, por otra parte, las estadísticas de las últimas elecciones prueban precisamente que la Inglaterra burguesa y social-oportunista, ya se ha preparado para una nueva orientación para el caso en que las contradicciones continuasen agravándose y en que las dificultades internas aumentasen (ambas cosas inevitables). Los conservadores han obtenido a penas cinco millones y medio de votos; el Labour Party y los liberales independientes, casi siete millones. Así pues, desde ahora mismo la mayoría de los electores ingleses se ha liberado de las ilusiones de la victoria imperialista para volcarse en las magras ilusiones del reformismo y del pacifismo. Hecho resaltable: la “Unión del Control Democrático”, organización radical pacifista, ha logrado que su comité entero entre en el parlamento. ¿Hay razones serias para pensar que el régimen conservador actual precederá

directamente en Inglaterra a la dictadura del proletariado? Nosotros no lo vemos. Por el contrario, estimamos que las contradicciones económicas, coloniales e internacionales insolubles que desgarran al actual Imperio Británico, suministrarán a la oposición pequeño burguesa representada por el Labour Party un amplio campo abonado. Todo atestigua que en Inglaterra, más que en ningún otro país del globo, la clase obrera tendrá que pasar por el estadio del gobierno obrero antes de instaurar su dictadura, gobierno que, en esta ocasión, será del Labour Party reformista y pacifista que ya cosechado en las últimas elecciones alrededor de cuatro millones y medio de votos.

Pero, objeta Friedlander, tal perspectiva descarta completamente la cuestión de Alemania. ¿Por qué? Alemania revolucionaria es uno de los factores más importantes del desarrollo europeo y mundial, pero no está sola en él. Todos seguimos con extrema atención los éxitos de nuestro partido alemán. Su desarrollo ha entrado en una nueva fase tras los acontecimientos de marzo de 1921. Los acontecimientos de marzo cerraron su período de desarrollo interno. *Su nuevo período ha empezado por la crítica de los acontecimientos de marzo*, y quienes todavía no han entendido el sentido y naturaleza de esta nueva etapa son gente de la que no se puede esperar nada y con la que es inútil hablar seriamente. En su gran mayoría, el Partido Comunista Alemán marcha con seguridad y firmeza en la vía de su desarrollo. Al mismo tiempo, la economía alemana se desagra. ¿Cuándo llevará el entrecruzamiento de todos estos factores a la clase obrera alemana a la toma del poder? ¿En un año? ¿En un año y medio? ¿En dos años? Es muy difícil fijar fechas. Si Alemania se mantuviese aislada, si no tuviese a su lado más que a la Rusia soviética, pronosticaríamos más bien medio año que uno y un año más que dos. Pero está Francia y el mariscal Foch, está Italia con Mussolini, está Inglaterra con Bonar Law y Curzon, está además la ofensiva del capital que se desarrolla y todos estos factores tienen una potente influencia sobre el desarrollo de la revolución en Alemania. Esto no quiere decir, evidentemente, que el Partido Comunista Alemán no deba emprender la acción revolucionaria ofensiva antes de que estalle la revolución en Francia. Nuestros camaradas alemanes están lejos de ese bajo oportunismo, de esta tendencia a no hacer la revolución más que con todas las garantías deseables, más que con la seguridad de tener a París y Londres de su lado. Pero, evidentemente, la amenaza de una ocupación militar por parte de los estados occidentales tendría como resultado frenar el desarrollo de la revolución alemana hasta el momento en que el partido comunista francés muestre que está en situación de paralizar ese peligro y dispuesto a hacerlo.

Pero de todo esto no resulta que la revolución alemana no pueda estallar antes de la caída de los gobiernos imperialistas agresivos que existen actualmente en Francia, Inglaterra e Italia. La victoria del proletariado alemán le daría indudablemente un potente impulso al movimiento revolucionario en todos los países de Europa. Pero, igualmente que bajo el impulso de la revolución rusa en Alemania el poder cayó, un año más tarde, en manos de Scheidemann y no en las de Liebknecht, también bajo la influencia del impulso de la revolución proletaria victoriosa en Alemania, el poder podría caer en Inglaterra en manos de Henderson o Clynes y en Francia en manos de Caillaux con Blum y Jouhaux. Bajo las condiciones históricas actuales, ese régimen menchevique en Francia solo sería un corto período de agonía de la burguesía. Es posible incluso que en Francia el proletariado comunista llegase en ese caso al poder directamente, por encima de la cabeza de los mencheviques. En Inglaterra es menos probable. En cualquier caso, esta perspectiva presupone la victoria de la revolución en Alemania en los meses próximos. ¿Esta victoria está asegurada en tal plazo? Nadie lo afirmaríase seriamente ni en sueños. En cualquier caso sería un grosero error hacer depender nuestro diagnóstico de una perspectiva tan estrecha, tan problemática. Sin

diagnóstico, no es posible la política revolucionaria de gran envergadura. Pero el diagnóstico no debe ser mecánico, debe ser dialéctico. Debe tener en cuenta la acción recíproca de las fuerzas históricas objetivas y subjetivas: entonces aparecen numerosas eventualidades, cuya realización depende de la forma en que se manifieste en la acción efectiva esta correlación de fuerzas.

Así pues, es poco razonable afirma categóricamente que la revolución proletaria triunfará en Alemania antes que las dificultades, internas y externas, de Francia lleven a una crisis gubernamental y parlamentaria en este país. Esta crisis tendría como resultado nuevas elecciones y nuevas elecciones darían la victoria al Bloque de las Izquierdas. La llegada del Bloque de las Izquierdas al poder supondría un duro golpe al gobierno conservador en Inglaterra, reforzaría la oposición del Labour Party, solo o aliado con los independientes. ¿Qué influencia tendrían esos acontecimientos en la situación interna de Alemania? Los socialdemócratas alemanes saldrían inmediatamente de su semi oposición y le ofrecerían al pueblo sus servicios para el restablecimiento de relaciones pacíficas normales y distintas con las “grandes democracias occidentales”. En ese sentido decía yo que, si se produjese antes la victoria del comunismo en Alemania, un cambio en la política interna de Francia e Inglaterra podría animar durante cierto tiempo a la socialdemocracia alemana. Puede que Scheidemann llegue de nuevo al poder, pero su llegada será el prólogo del desenlace revolucionario pues es evidente que, bajo la situación actual de Europa, serán suficientes no algunos años, sino algunos meses o semanas para que el régimen reformista-pacifista manifieste su completa impotencia.

En su discurso sobre el programa, Thalheimer nos ha recordado justamente los motivos fundamentales que excluyen la posibilidad de que el capitalismo haga marcha atrás, que vuelva al principio “manchesteriano”, al liberalismo pacifista y reformista. Suponiendo que Blynes, Caillaux-Blum o Turati estén en el poder, no podrán llevar adelante una política esencialmente diferente de la de Lloyd George, Bonar Law, Poincaré e incluso Mussolini. Llegarán al poder cuando la situación de la burguesía devenga aún más penosa que ahora. La completa quiebra de su política podrá ser completamente desvelada en un plazo de tiempo muy corto, con la condición que nosotros tengamos una táctica revolucionaria resuelta y flexible al mismo tiempo. En la Europa capitalista, arruinada y desorganizada a fondo, tras las ilusiones de la guerra y la victoria, las ilusiones pacifistas y las esperanzas reformistas no pueden más que ser ilusiones efímeras de la agonía burguesa.

El camarada Ravensteyn está dispuesto, aparentemente, a reconocer todo esto con ciertas reservas para la plebe capitalista pero no para la aristocracia capitalista, es decir no en lo que atañe a las potencias coloniales: la perspectiva del período reformista-pacifista que debe preceder a la dictadura del proletariado, igualmente que la consigna del gobierno obrero, no convienen, según él, en Gran Bretaña, Bélgica y Holanda. Ravensteyn tiene perfecta razón en ligar la consigna gobierno obrero con el hecho que la burguesía todavía tiene a su disposición un recurso reformista-pacifista, no material sino ideológico, en la persona de los partidos burgueses-reformistas y socialdemócratas, que conservan aún su influencia. Pero Ravensteyn cae de lleno en un error cuando plantea ciertas objeciones en lo concerniente a las potencias coloniales. Antes de atacar a la revolución rusa con la fuerza armada, Inglaterra envió a Henderson al rescate de Buchanan para mantener la revolución en el recto camino. Ahora bien, durante la guerra, Rusia era la colonia de Inglaterra. La burguesía inglesa ha actuado de la misma forma respecto a India; ha enviado virreyes benevolentes y liberales y, al mismo tiempo, escuadrillas de aviones y dinamita. El desarrollo del movimiento revolucionario en las colonias adelantaría indudablemente el momento de la llegada al poder del Labour Party, aunque este último siempre y en todas partes haya vendido a las colonias al

capital inglés. Está fuera de toda duda igualmente que el desarrollo del movimiento revolucionario en las colonias, paralelamente al movimiento proletario en las metrópolis, sepultará para siempre al reformismo histórico, al reformismo pequeño burgués y a su representante, al Labour Party.

El radicalismo revolucionario que para mantener la moral tiene que ignorar, tanto en economía como en política, la dialéctica de las fuerzas libres y trazar su diagnóstico con la regla y el compás, es de los más inestables, de los menos seguros. Es suficiente con un desvío de la coyuntura política y económica para desorientarlo completamente. En el fondo, ese “izquierdismo” envuelve el pesimismo y la desconfianza. No sin razón, uno de los críticos es un comunista de Austria y otro un comunista de Holanda: esos dos países, hasta el presente, no son lares revolucionarios. El optimismo activo del partido comunista descansa en bases más amplias y más serias. La burguesía no es para nosotros una piedra que rueda hacia el precipicio sino una fuerza histórica viva, que lucha, maniobra, avanza ora su ala derecha, ora su ala izquierda. Y sólo si aprendemos todos los medios y métodos políticos de la sociedad burguesa para reaccionar cada vez sin dudas ni retrasos, lograremos acelerar el momento en el que, con un movimiento justo y seguro, enviaremos definitivamente la burguesía al abismo.

[Izvestia, nº 271, 30 de noviembre de 1922]

Edicions internacionals Sedov



Visita nuestra página web: www.grupgerminal.org
Para contactar con nosotros: germinal_1917@yahoo.es